

Virginia, cómo se pasa la vida

POR JOSÉ LUIS HERRERA ARCINIEGA

Apenas iba a alcanzar los once años de edad cuando conocí las “Coplas por la muerte de su padre”, merced a la cita que hizo mi propio padre de los conocidos versos de Jorge Manrique, en una colaboración para una revista chilanga dirigida al sector camionero y transportista, publicada a principios de 1973. Era un recuerdo de don Guillermo Jara, su primer empleador en sus pininos periodísticos, que había fallecido un año antes. (Ese editor le enseñó a mi padre la siguiente frase: “*Maitro*, no hay mejor amigo que un peso en la bolsa”.)

En las páginas de la desaparecida *El Heraldo de los Transportes* leí: “Recuerde el alma dormida,/ avive el seso y despierte/ contemplando/ cómo se pasa la vida,/ cómo se viene la muerte/ tan callando”. Percibí la existencia de un misterio. Tiempo después completé la lectura del resto de la estrofa: “cuán presto se va el placer,/ cómo, después de acordado,/ da dolor;/ cómo, a nuestro parecer,/ cualquiera tiempo pasado/ fue mejor.”

A mediados de diciembre de 2010 intenté buscar el libro donde estaba la copla manriqueana. No lo hallé, en el ordenado desorden de papeles que tengo en el estudio. En parte, no era necesario. Manrique suele hacérseme presente: cómo se pasa la vida, cómo se viene la muerte tan callando. Habría querido no recordarlo. Más porque esta vez también reapareció otro poeta: el Sabines que le reclama a la re Chayito de Rosario Castellanos el haberse muerto.

Yo no tendría nada qué reclamarle a la niña de diez años con quien quizás me haya topado en alguna calle de Toluca en los albores de los setenta, cuando por

primera vez mi familia inició el proceso inmigrante por el que, 37 años más tarde, continuamos radicados en la región centro del Estado de México. Pero me sigue doliendo, me empieza a doler cada vez que se me juntan en la memoria reciente esos dos, Manrique y Sabines. O sin necesidad de ellos, pero tampoco acierto a entenderlo.

Me es imposible asegurar que en 1973 haya visto a esa niña con la que ya compartía ciudad; en cambio, registro la certeza de que nuestro encuentro se oficializó doce años después, en el segundo trimestre de 1985, cuando ingresé como jefe de la todavía incipiente área de Radio de la Universidad Autónoma del Estado de México. Virginia Aguirre Escamilla formó parte de un imaginario comité de recepción que, gandallamente, me dio la bienvenida. Cuando me presentaron, su saludo fue tan ruidoso, retador y alegre que aumentó mi atávico pánico del que con frecuencia muda de empleo. ¿Quién carambas era esa muchacha de lentes, con turbante en la cabeza, y de cara con finísimos, bellos rasgos? Sin embargo, de esa inicial condición de pánico pasamos a la de una comunión de intereses: Virginia y yo coincidimos, coetáneos como éramos, en el propósito de inventarnos un mundo conforme al ímpetu de nuestra juventud.

El mundo tenía nuestra edad. Yo era un labriego de la tecla destripado de la Facultad de Humanidades, salido con rapidez extrema de las filas del diarismo local, y empezaba una inacabada incursión en la radiodifusión mexiquense contemporánea. Ella era una guapísima joven que había decidido dar un golpe de timón a su destino familiar-laboral por el que un buen tiempo estuvo trabajando como secretaria en la zona industrial de Toluca, de modo que, cuando la conocí, ya llevaba en su registro

personal su participación en un puñado de obras del teatro universitario que, décadas después, sigo considerando el más aguerrido de los que en esta parte del mundo ha habido: el de Esvón Gamaliel. Un ratito antes Virginia había iniciado su vínculo no sólo laboral, sino moral y personal, con la institución de la que, a partir de entonces, jamás se separaría: la UAEM.

Congeniamos. Aparte de sacar el trabajo diario —la emisión universitaria de lunes a viernes por la mañana en Radio Mexiquense, estación que apenas había rebasado sus dos primeros años de existencia—, buscábamos incluir en la programación universitaria temas no tan “institucionales”. Virginia aportaba uno de sus perennes signos distintivos: su voz. Ocurre con ciertas voces femeninas que el radioescucha, sobre todo si es varón, imagina una beldad detrás de los decibeles; no siempre es así. Con Virginia sí: su voz era directamente proporcional a su belleza.

De esa fase dos programas registro particularmente: un radioteatro que hicimos basándonos en el *Cuento de Navidad* de Charles Dickens, donde participó



casi en pleno la Compañía Universitaria de Teatro, la de Esvón, con todo y efectos de sonido para ambientar la historia de Scrooge y sus espectros. En la grabación estuvo presente Adriana Barraza, la ahora celeberrima actriz. Nos divertimos como enanos. Dickens nos habría aprobado, al menos por nuestro entusiasmo, el cual habría que entender estableciendo una relación con el Teatro de Los Jaguares, concebido como el espacio cósmico del teatro universitario. En esa época fue Virginia mi cicerone para conocer el subterráneo ambiente teatral, clandestino y transparente al mismo tiempo, duro, libérrimo, tenso, intenso, destructivo, creativo. Un lugar para el trabajo artístico, un lugar para la vida. Jaguares era un rudo templo que no acaba de caerse. Virginia fue una de sus principales vestales.

El otro programa fue uno en el cual contamos la historia de Christine Chubbuck, la conductora de televisión que, en plena transmisión del noticiero de una estación local de Sarasota, Florida, el 15 de julio de 1974 anunció: “De acuerdo con la política del Canal 40 de brindarles lo último en sangre y entrañas a todo color, están a punto de ver otra primicia: un intento de suicidio”. Luego de ello, sacó un revólver y se dio un tiro en la nuca. En vivo y a todo color obtuvo sus quince minutos de fama, al estilo warholiano. Virginia leyó magistralmente los parlamentos de Christine Chubbuck, hechos guión a partir de un reportaje de la periodista también gringa Sally Quinn. Ese programa nos enorgulleció.

Por supuesto, no guardo las respectivas grabaciones. Se han perdido en el éter hertziano. Pero eso hicimos, antes de que nos integráramos de manera directa a Radio Mexiquense. En mi caso viví como hoyo negro el par de años que duré como subdirector operativo de la siempre implosionante estación; en el de Virginia, comenzó su prolongada presencia en la radiodifusión en el Estado de México. Sobre su tránsito por Radio Mexiquense seguramente abundan los radioescuchas que pueden dar su testimonio personal sobre lo que Virginia aportó a la señal de Metepec, primero como locutora de turno y más tarde como conductora, y co-conductora con José Luis Cardona, de “La nostalgia de lo vivido”. De su capacidad también habla su paso, en etapas posteriores, por el noticiero del jefe Guillermo Garduño en una estación toluqueña. Sin soslayar que por mucho tiempo ella fungió como responsable, a veces en calidad de mujer-orquesta, del espacio de la UAEM en la propia Radio Mexiquense.

A esas alturas, nuestra amistad había pasado por pruebas de fuego y terminó por purificarse cuando regresé a la universidad, a principios de los noventa, para estar al frente del área de Comunicación. Periodo salvaje y fecundo. Ahí volvimos a hacer equipo José Luis Cardona y yo, y Virginia, siempre a cargo de la radio universitaria, como una especie de equilibrio interno en nuestra pequeña Dirección, a tal grado que hasta nos dio tiempo de inaugurar la sala de cómputo que, en festivo homenaje, llevó su nombre, en calidad de ingeniera honoraria.

Arribamos a 1993. Mi ciclo burocrático universitario concluyó en ese momento. Virginia, en cambio, inició una de sus empresas personales e institucionales más luminosas. Con el cambio de rector, le dieron una encomienda: crear una revista de divulgación cultural que representara a la UAEM con una calidad editorial de primer nivel. Nació *La Colmena*.

Se comprobó la máxima cualidad personal de Virginia: su inmensa, absoluta, capacidad de aprendizaje. Porque ella aprendió a ser actriz bajo el mando de Esvón Gamaliel; aprendió a ser locutora tanto en una radio cultural como en una comercial (en Mexiquense, su habilidad llamó la atención del propio Alain Derbez, a la sazón subdirector de Producción, que le dio buenos consejos).

Virginia aprendió a elaborar guiones radiofónicos; aprendió a dirigir un departamento, el de Radio de la UAEM. Puedo asegurar que antes de 1993, Virginia no había tenido contacto alguno con la labor editorial. Empero, prácticamente de la nada dio forma a un proyecto editorial de la envergadura de **La Colmena**. Corrijo: no de la nada: partió de su creatividad e inteligencia. ¿Qué cosa no podía aprender Virginia?

Concretó el proyecto de **La Colmena** con una rapidez sorprendente, pues no transcurrieron demasiados años para que esta publicación recibiera rotundos reconocimientos otorgados por la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, inicialmente una mención honorífica y posteriormente el primer premio en la categoría de revistas universitarias de difusión cultural. Sesenta y ocho números de **La Colmena** fueron dirigidos por Virginia, que antes de la fecha citada no se había metido en asuntos de corrección, formación, dictaminación, etcétera, pero que se volvió experta en tales menesteres.

Era un activo humano de la universidad, institución que no sólo está integrada por inmuebles, sino, por encima de todo, por personas. Así, en repetidas ocasiones participó como lectora de poemas o mensajes de semblanza en solemnes ceremonias como la del 18 de julio, la velada luctuosa en homenaje a Benito Juárez. No era para su lucimiento personal, sino para que la ceremonia luciera. No era cuestión de casualidades. Importaba, además de la presencia y aplomo, la clara dicción de esta actriz forjada a partir de un talento natural, sí, pero trabajado en los arduos ensayos de las obras en que participó con Esvón Gamaliel —entre otras—, *¡Silencio, pollos pelones, ya les van a echar su maíz!*, de Carballido; *La señora en su balcón*, de Elena Garro; *Una tal Raimunda*, la obra con la que Delfina Careaga ganó un premio nacional de dramaturgia, y *Crónica de un desayuno*, de González Dávila.

Eso es parte del registro público de la vida de Virginia. En el entorno de la amistad, los recuerdos son más variados y profundos. El músico argentino Litto Nebbia cantó: “Mis locos años veinte fueron en el 63”. Yo afirmaré, en lo tocante a Virginia y a mí, que nuestros locos años veinte fueron en los ochenta. Cuando nuestra primera etapa en Radio de la UAEM, muchas tardes la acompañé a su casa, a no demasiadas cuerdas de distancia del edificio de Rectoría. En una de esas ocasiones, le provoqué una de las mejores carcajadas de su vida: ensimismado en la plática, estrellé mi cráneo contra un medidor de luz que, torpemente colocado, sobresalía más de lo debido de la pared de una casa. Soy de huesos fuertes; mayor fue el riesgo de que el medidor se quebrara a que yo sufriera una fractura o fisura craneal, pero la carcajada de Virginia siguió oyéndose años después hasta por lo menos Instituto Literario. Yo nada más me sobé.

Daba lo mismo que trabajáramos en el mismo lugar o que cada uno hubiese

enfilado hacia otros ámbitos (aunque el suyo era siempre la universidad). A finales de los noventa, unos meses fuimos vecinos en la céntrica calle de Gómez Pedraza, en no muy distantes edificios de departamentos frente al toluqueñísimo mercado 16 de septiembre. Cuánta vida bebimos ahí Virginia, José Luis Cardona y yo, en el refugio que ella se había creado, en ese espacio rentado que era totalmente suyo. Alguna noche, ambos vigilaron desde la puerta de su edificio que yo llegara con bien al mío, preocupados por los efectos del *Jack Daniel's* de rigor en esas fugaces fiestas, siempre caracterizadas por la mejor música del mundo, pues ellos tenían un exigente gusto sobre el material a introducir en el doméstico aparato estéreo.

No hay fecha precisa, pero a partir de un momento no determinado, Virginia se había convertido en mi hermana con otros apellidos. Robo tal categoría de la tesis de José Luis sobre la Fiesta de los Locos en Metepec, ahí la leí, y supe que eso era Virginia para mí. No importaba que ella fuera Aguirre Escamilla: era mi hermana. Por eso no se ofendió ante mi exceso de haberme comido su desayuno mientras la acompañaba en su cuarto de hospital, aquella infortunada ocasión en que José Luis y ella tuvieron un tremendo accidente vial en la madrugada al conducir por la avenida Morelos. Virginia tenía más dolor que hambre, y yo seguía todavía la canina condición de tener siempre hambre.

Cuento con otra fecha que sí es precisa: el 20 de noviembre de 2003, cuando, luego de perderme en el Triángulo de las Bermudas de la zona de Lerma, a sabiendas de que iba a iniciar una serie de actos trascendentes para mi vida, en la esperanza de haber encontrado a una mujer definitiva, no me quedó de otra sino acudir a la nueva casa de Virginia, en el poniente de Toluca; a alguien tenía que confiarle qué estaba pasando, decir lo que pretendía hacer. Generosa, mi hermana me escuchó, luego de haber escanciado mi euforia con un farolazo de *Jack Daniel's*. Gracias, le digo nuevamente siete intensos años después. A mi hermana.

Siete años se hicieron agua por debajo de los puentes. Se espaciaron los contactos con Virginia. No por otra razón sino por un aislamiento que me impuse, en creyendo de manera ciega en la fórmula vonnegutiana de la república de dos, convicción que con el tiempo terminó, si no por desvanecerse del todo, sí por debilitarse. Aun así, volví a verificar su capacidad de aprendizaje: fue una de las primeras personas que obtuvo el certificado de bachillerato presentando el examen ante el Ceneval. Rara paradoja que alguien tan unida a la dinámica de la UAEM acabara la preparatoria años después de haber pasado por la adolescencia, pero no me extrañó: un distintivo de varios de nosotros fue el haber concluido los estudios superiores



LA COLMENA 6, enero-marzo 2011

ya crecidos, por estar metidos en mil y un proyectos de diversa índole, incluidas las broncas existenciales. En el caso de Virginia, ya con el certificado en la mano, no hubo obstáculo que la detuviera, por lo que empezó la carrera de Filosofía en la Universidad Iberoamericana. Intuyo que optó por esa institución para que el esfuerzo por hacer resultara mayor; acaso temía que si se hubiera decidido por la UAEM, el hecho de ser la directora de *La Colmena* tal vez le hubiera implicado tener un trato de privilegio con el que no comulgaba.

Mediante contactos telefónicos seguí su evolución académica formal. Sé que invirtió no sólo una considerable suma de dinero en colegiaturas y en transporte, sino que se aplicó a fondo en la inmersión al complejo mundo de los pensadores filosóficos. Sé que sacó las más altas calificaciones, con provecho. Seguía aprendiendo. Culminó su licenciatura. Se postuló para iniciar la maestría en Estudios Filosóficos, entonces sí en su universidad. En su proyecto, apoyada por el doctor Mijail Malishev, iba a abordar el tema de la banalidad del mal, considerando el pensamiento de Hannah Arendt. En ésas estaba.

La vi en las oficinas de *La Colmena* poco antes de la Semana Santa de 2010. Delgada, pero en excelentes condiciones. Escuché su viejo grito: “¡Jefe de jefes!” con el que acostumbraba saludarme en los últimos años (expresión más amable que otra que me había endilgado, la de *Monstrilio*). Le compartí mis historias sobre Goyo el gato. Chismeamos. Inventamos el mundo, ahora en la etapa de nuestra madurez. Un cuarto de siglo después de nuestros locos años veinte. Le pedí que entregara a su vecino de oficina, Eduardo Osorio, el borrador de un libro de cuentos que él no recordaba haberme dejado cuando fuimos vecinos en el fraccionamiento El Ilustrador Nacional en Zinacantepec. Nos despedimos con el cariño, la efusividad de siempre. Me confirmó su decisión de incorporarse a la maestría en la Facultad de Humanidades.

Luego vinieron las lluvias que hicieron sombrío y odioso al año del Bicentenario. Si un año antes me había enterado tardíamente de la muerte de otra persona entrañable, Claudia Garduño, la tardanza se repitió cuando por fin supe de la grave crisis de salud de Virginia. En tono duro, por teléfono José Luis me dio algunos pormenores de información médica, que no memoricé, más allá de haber registrado el sufrimiento increíble de quien había pasado por tales males, en apariencia controlados.

Luego, también, ocurrió la ruptura de mi república de dos que yo había dado por eterna en automático. A mediados de septiembre intenté suspender el aislamiento y volver al necesario contacto con Virginia y José Luis. No coincidimos, pero José Luis me devolvió



la llamada. Quedamos en vernos, aunque ya no fue posible. Todavía en la Facultad me encontré una tarde a Virginia, que platicaba con Eugenio Núñez, otro maestro sin aula para varios de nosotros. Saludó rápido, un tanto distante, aunque al final ella dijo algo así como nos ponemos de acuerdo, hablemos para vernos.

Después, la recaída. Mi mala lectura de señales: marqué su número, sin poder hablar con ella, porque estaba dormida, según me informaron del otro lado del teléfono. Yo creí que por estar en su casa se encontraba recuperándose, *no está hospitalizada*, va bien, me decía. Todo lo contrario. Como recomendaba José Gaos, lo humano es morir en la casa, no en un aséptico y frío hospital. Así ocurrió a mediados de diciembre.

La mitad del último mes del año del Bicentenario. No llovía ya, empezaba el frío en el Valle de Toluca. En el país de los 34 mil y pico de muertos, una muerte fue la que nos alteró la vida a muchos. A mí, con el remordimiento por la estupidez de no haberla visto, todo me resultaba incomprensible. Más porque yo había venido apostando, desde hace muchos años, a que me iba a tocar primero pirarme de este mundo, dejando una carta dirigida de manera expresa a la directora de *La Colmena*. Juro que así lo pensé, y que quisiera ver esta imposibilidad epistolar como una última broma de Virginia, que cuando quería, ponía en marcha un humor cáustico que obligaba a aguantar callado, aguantar vara.

Hay cosas que uno jamás entenderá. Puedo imaginar que, como ya no nos veíamos con la asiduidad de antes, Virginia sigue allí, aunque la diferencia es que ya no está, en serio. Eso es de no creerse. ¿De qué tamaño es la pérdida? ¿Cuánto tiempo tiene que pasar para que uno comprenda el sentido de la copla de Manrique? Aclaro: no obstante el poema de Sábines a Chayito Castellanos, yo no tengo nada que reclamarle a mi amiga, mi hermana, que desde sus refugios toluqueños trascendió la soledad y vive en el amor de quienes nos hemos quedado más solos.

Hace más frío en Toluca.